

¿Fantoche o rascuache?

SIN GANAS

J

Sergio I. Salazar-Vallejo*

Según el Cosmos, fantoche es títere o sujeto de figura ridícula. De acuerdo con el Larousse, fantoche viene del francés “fantoche” o del italiano “fantoccio”; repite lo anotado y agrega fachendoso. Esto significa presuntuoso, vanidoso. Rascuache sólo viene en el Larousse; significa pobre, miserable o escaso, o de baja calidad. Entonces, usaré estos términos como condiciones extremas; el primero ligado con un buen gusto por la apariencia; el segundo con lo contrario. Invito a la introspección y a evaluar si nos acercamos a alguno de estos extremos.

Nos quejamos de la percepción que la sociedad tiene de los científicos; sea por el desinterés de los jóvenes por hacer profesión en ciencias, el salario en relación con otros burócratas o los fondos asignados a la ciencia en el presupuesto federal. Si fuera cierto el “cómo te ven, te tratan”, sería conveniente, diría Carlos Fuentes, desenterrar el espejo. Hace unos años, escuché al presidente del Colegio de Biólogos en Quintana Roo, afirmar que nuestra situación obedece a la imagen que ofrecemos; acostumbrados a trabajar en la selva, en la playa o en el laboratorio, ponemos poca atención a nuestra apariencia fuera de esos entornos o, peor aún, no distinguimos entre nuestra tarea académica o en el campo, de las correspondientes a la ciudad.

En efecto, para trabajar con comodidad y efectividad, nos preparamos y vestimos con esmero; pensemos en cuánto cuidamos los detalles para optimizar una salida a la selva, playa o ejido. Entonces, continuaba nuestro colega, nos falta poner el mismo esmero al liar con la fauna urbana, o con la responsable de determinar los presupuestos o respaldos económicos para nuestros proyectos y otras acciones similares. En los terrenos en los que transitan economistas, inversionistas y funcionarios de primer nivel, parece que la apariencia pesa mucho. Pensamos que no debería ser así; que las cosas deberían ser como en las canciones: “mira la esencia, no las apariencias” (Aterciopelados), “lo bueno se lleva dentro, no nomás por encimita” (Los Plebeyos). Por desgracia, así es.

Me costó mucho asimilarlo; para aburrirlos más, compartiré algunas anécdotas de cómo el fantoche devino rascuache y luego retornó.

En la licenciatura, usaba pantalón largo, manga larga y bata de laboratorio, que no me quitaba ni para ir al comedor. En Noruega no sería problema; si en Monterrey, con 40 grados a la sombra durante varios meses. Pensaba que la presentación de estudiantes o profes debiera ser tan elegante como fuera posible; mis amigos me decían que era fantoche. Mantuve el estilo hasta cuando era estudiante en la maestría; en Ensenada el clima era favorable y no hubo diferencia en la apariencia, aunque el estilo californiano avanzaba.

En La Paz me convertí en rascuache o rascuachote. Cambié de parecer sobre la apariencia cuando conocí a algunos científicos muy brillantes y productivos, pero cuyo atuendo podría avergonzar al pescador más descuidado o sucio. Entonces, pensé, si estos colegas son tan destacados y les importa nada su apariencia, debe ser porque los que los rodean ya saben de su capacidad y sin duda les aprecian a pesar de su rascuachez. De modo que camisas de manga larga y pantalones de rayita ¡a la basura! Llegaron camisetas, cortos y chancas; con ese desparpajo iba a dar cursos al posgrado en el CICIMAR. Cambié un poco durante mi paso por el INIREB, pero andaba en cortos en la estación La Mancha y de largo (dirían las damas) cuando iba a Xalapa.

El brinco al CIQRO no trajo cambio; seguía la inercia de siete meses desempleado y rascuachón de tiempo completo. Recuerdo la cara de pena de una compañera al presentarme con un funcionario de la SEP; para salir del paso, preguntó: “¿Sales a Venezuela a presentar tu libro?” Pensé cambiar cuando mi hijita me pidió no ir con ella a la escuela, pero no reveló la razón (inteligente la nena, ¿verdad?); el cambio consistió en dejar de ir con ella, no en la apariencia. Seguía pensando que algún día sería brillante y entonces la gente no se fijaría más en cómo lucía. Por desgracia, ese día no llegó ni

J

SIN GANAS

llegará; el único brillo que tengo es el de la hebilla del cinto. ¿Entonces?

La burocracia. Con pantalón de mezclilla, camiseta y chamarrita de Miláno, me dejaban buen rato en una ventanilla, mientras el personal iba de un lado al otro. Un día, fui a una tienda y decidí comprar camisas de manga larga (con cuello cómodo), corbatas y un saco combinable. Después, de inmediato me hacían pasar. Fue tal el brinco que hasta “doctor” me decían. Lo chistoso es que era el mismo peladito, ignorante y malhablado, pero con otras garritas. Confirmé que cuenta mucho la impresión y que funciona el “como te ven, te tratan”. He mantenido el mismo estilo y los resultados son similares cuando visito colegas o museos en el extranjero, incluyendo París o Roma, capitales mundiales de la moda y la elegancia.

Es posible que este trato halagador pudiera extenderse a nuestra obra colectiva. Faltaría poner el mismo empeño, atención y cuidado que dedicamos a nuestras investigaciones e indumentaria para el trabajo, y orientarlos a la apariencia y otros aspectos sociales como científicos, o si por lo menos nuestros representantes lo hicieran más a menudo. En suma, si nuestro esfuerzo es para hacer investigación de tal calidad que, al margen de nuestro resentimiento social, podríamos llamarla “Ciencia de Etiqueta” o “Ciencia Sinfónica”, ¿por qué no tratar de vernos como científicos elegantes o de etiqueta. J

* Sergio I. Salazar Vallejo es investigador de ECOSUR Chetumal (salazar@ecosur-qroo.mx).

De literatura y otros asuntos

A mis amigos

Nelson González*

Sólo tengo para darles mi muerte
cuando me muera,
de la vida no quise nada
pude obtener riquezas, quizás honores,
sin embargo,
con la amistad me dije basta.

*Envidio a los que la tienen
sin hacer nada,
amo a los que la disfrutan
como una esperanza,
atrápala si pasa bajo tu ventana,
camina lento, despacio,
sonámbula.*

*Deja caer las ropas
no creas en las palabras,
no cuentes las monedas
no te fíes de una boca pintada.*

*Será llegada sin campanas,
halo para tu alma
torrente entre tus venas
manos que no piden nada.*

*Levanta los brazos en plegaria,
deja correr alegre las lágrimas,
rompe los hechizos que te atrapan,
enciende las luces de tu alma,*

la amistad está pasando por tu ventana. J

* Nelson González es ingeniero, adscrito al Departamento de Programación y Presupuesto de ECOSUR (ngonzale@slc.ecosur.mx).

